

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm 24 y 26.

1876.

Cuaderno 14.

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA EL SIGLO XVIII

CONTIENE UN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES QUE SUFRIÓ LA IGLESIA CATOLICA EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII. SE ENCUENTRAN EN ESTE LIBRO LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES QUE SUFRIÓ LA IGLESIA CATOLICA EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII. SE ENCUENTRAN EN ESTE LIBRO LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES QUE SUFRIÓ LA IGLESIA CATOLICA EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

UNA ESCRITA POR

D. Eduardo María Villaverde y D. José Hilario Galtí

A LISTARLA

CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

EN BREVE CENSURA DIOCESANA

TOMO PRIMERO



IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL BARRIO DE S. PABLO RENA

Barcelona

confrontar los textos citados por Pablo. Mas los judíos de Berea, si bien no perseguían, tampoco se convertían. En cambio muchos griegos se apresuraban á aceptar el símbolo de la fe cristiana.

Los judíos de Tesalónica, sabedores de los progresos de Pablo en Berea, enviaron delegados para urdir la ya habitual asonada. El Apóstol se vió precisado á abandonar de prisa aquel campo, mejor parecido á un jardín del Señor, ¡tanto había fructificado su palabra! Dejó allí



MISION DE PABLO Y BERNABÉ EN LISTRIA.

á Silas y encaminóse á Atenas, acompañado de algunos adictos bereanos.

Brillante fue la mision de Macedonia. El pueblo conquistado á CRISTO era de los mas ilustrados y sensatos del Oriente. Impreso traía el criterio de la Grecia en su educacion intelectual. Razas finas, delicadas y espirituales venían á formar el culto nuevo, que habían abrazado muchos pueblos ligeros como la Siria y retraidos como la Licaonia.

Philipos y Macedonia por sí solas eran auréola bastante gloriosa para inmortalizar el nombre de un apostolado.

Sigamos á Pablo en la segunda parte de su segunda mision. La importancia de Atenas y de lo allí acontecido reclama un orden á parte de consideraciones.

XVI.

Continua la segunda mision de Pablo.—Atenas.—Persecuciones en Corinto.

Con la llegada de Pablo á Atenas el Cristianismo se encontró en posesion de los puntos culminantes de la tierra. En Jerusalem, junto al Calvario, el colegio apostólico; en Roma, junto al Capitolio, Pedro; en Atenas, junto al Areópago, Pablo. La predicacion del Evangelio, contenida un dia en las playas de retirados mares, en la arena de solitarios lagos, esparcía su eco en las gloriosas capitales de la soberanía y de la ciencia.

Ningun pueblo de la tierra se hallaba en mejor aptitud que Atenas de comprender las elevadas doctrinas que Pablo fué á predicarle; porque el amor á las investigaciones científicas formaba el rasgo fisonómico de su peculiar historia. Atenas era la escuela del mundo, como Roma era su cuartel y Jerusalem su templo.

Al entrar Pablo en la patria de los grandes sabios sintióse elevado sobre todos ellos por la superioridad del criterio religioso. Verdad es que habia pasado la época del predominio de las escuelas griegas; que las escuelas de Platon y Aristóteles no eran mas que fugitivas sombras de lo que fueron. Sin embargo, lo extraordinario de la mision de Pablo vino á resucitar la grandeza de las antiguas ideas y á dotarlas con su resurreccion del espíritu de la verdad religiosa y moral que se echaba de menos en sus sistemas científicos.

Discútase norabuena si el platonismo influyó ó dejó de influir en las fundamentales concepciones cristianas; sobre toda discusion existe un hecho incontrovertible y significativo. La escuela platónica carecia de discípulos, cuando los de JESUCRISTO vinieron á amaestrar en sus desiertas cátedras. Platon era incapaz de resucitar la Grecia pensadora. Pablo aportó para ello sobre las ruinas de las cuatro escuelas griegas algo infinito, mas que un logos filosófico, aportó el Verbo y el Espíritu de Dios.

Las cuatro escuelas que formaron respectivamente en los Anales de la Grecia estaban degeneradas. El estoicismo disuelto, porque la impasibilidad varonil de sus adeptos ante las calamidades y las venturas, fue vencido por el epicureismo que, coronado de flores, celebró los funerales de la inteligencia. El peripatecismo habia fatigado la razon de los más perseverantes, con la complicada gimnástica de su ampulosa dialéctica; el platonismo basaba en la duda el sistema fundamental del género humano, porque la duda es peculiar de las almas culpables.

«Si las escuelas de Platon y de Pitágoras se distinguieron por la elevacion de sus consideraciones metafísicas, sus mas célebres maestros deshonraron sus doctrinas con sus ideas extravagantes. Aquel trastornó el orden social con la teoría de su república imaginaria, este degradó el alma del hombre, haciéndola pasar, segun su metempsicosis, á informar cuerpos bestiales, degradando asimismo la divinidad en el hecho de identificarla con el espíritu humano. Discursistas fútiles, cuyas contradictorias doctrinas se destruyen mutuamente, como se deshacen las olas al flujo y reflujo de mar agitado, solo aparecen de acuerdo para legitimar excesos monstruosos, para degradar la condicion humana y para trastornar el principio de la honestidad pública (1).»

Quando Pablo entró en Atenas, la Grecia rendia homenaje divino á las bellas artes bajo las égidas de Apolo y de Minerva, el dios de la poesía y la diosa de la escultura. Pero además acordaba la apoteosis á todo lo relativo al orden moral. «Cada una de las facultades humanas que concurren á componer una obra maestra, la memoria, que reúne los elementos para formarla; la ima-

(1) *El Cristianismo demostrado por los Padres*, por Chadenède.

ginacion, que los desarrolla; el genio, que los fecundiza y anima; el criterio, que los coordina, fueron igualmente divinizados bajo el nombre de las nueve musas. Aquella nacion en su loco entusiasmo llegó á divinizar los pasajes de la naturaleza, los aspectos del cielo, que reproducian sus pintores, los sentimientos que ponian en escena sus poetas, los grandes hombres, cuyos hechos memorables relataban sus oradores y sus escritores. A cada paso se tropezaba allí con altares erigidos á la Tierra, al Bosque, á la Aurora, á las Tinieblas, al Miedo, á la Discordia, á la Clemencia, á los primeros legisladores y á los primeros monarcas.

«La imágen de la Divinidad, imágen que une el recuerdo de la grandeza infinita al de la infinita santidad, el griego la arrastró por el fango del vicio. Puso especial empeño en pintar el escándalo en la vida de los dioses para legitimar la escandalosa vida de los mortales (1). Los treinta mil dioses que contaba diseminados por el cielo, la tierra y los mares, eran una prolongada série de intrigas forjadas por la pasion y por ella desenlazadas. Hasta en el fondo de los infiernos, lugar de punicion y de sufrimientos, fue el griego á divinizar las pasiones. La misma casta Diana nos revela con su equívoca conducta lo que pensaban los griegos sobre la castidad (2). Léjos de atraer á la virtud las fiestas religiosas, degeneraron en misterios de execracion. Atenas y Corinto, y con ellas todas las ciudades griegas erigen voluptuosos templos á Vénus. Esparta, la austera Esparta, sacrifica á sus altares impúdicos; Argos enseña el mal, que Delphos, Perintho y Elis favorecen. La Beocia propaga la disolucion, que Efeso y Lesbos coronan.

«No satisfecha con haber llenado el cielo con imágenes de sus pasiones degradantes, y de haber divinizado el asesinato en Saturno, el crimen en Júpiter, el robo en Mercurio, los celos y el orgullo en Juno, la crápula en Baco, la cólera y el odio en Marte, la discordia y las venganzas en los Eumenides, quiso el griego poblar la morada de los mortales de estos ilícitos afectos. Anima con un soplo impuro los séres de la creacion y tachona en el firmamento los símbolos de sus innobles placeres... El universo entero, donde resplandece la gloria del Criador, se convierte á los ojos de aquel pueblo envilecido en un vasto receptáculo de abominables maridajes. La voluptuosidad preside la formacion de las montañas y de los mares y el nacimiento de los héroes... todo para el griego se trasforma en objeto de concupiscencia (3).»

Fácil es comprender la pesadumbre que sintió el alma de Pablo al encontrarse ante aquella universal y permanente esposicion de todas las miserias humanas coronadas y divinizadas. Atenas presentó á su mirada, bajo un solo golpe de vista, la síntesis de todo lo que el Cristianismo venia á destruir. Allí habia la glorificacion de los siete pecados capitales y de los vicios secundarios, que son la numerosísima prole de los siete.

El libro de los Hechos apostólicos expresa con sencilla frase la desagradable impresion que sufrió el gran evangelizador. «Se consumia interiormente su espíritu, considerando aquella ciudad toda entregada á la idolatría (4).»

¡Qué le importaban los monumentos cási intactos del Acropolis, el Pæcilio, con su brillante decoracion, los Propyleos, el Parthenon, el templo de la Victoria!

Una cosa llamó su observadora atencion. El lema «Al Dios desconocido,» grabado sobre algunos altares.

Tuvo ya Pablo un tema á propósito para fundar su predicacion. Atenas confesaba que desconocia todavía á un Dios. Pues predicarle este Dios ignorado era su tarea. En la Sinagoga y en las academias se presentó Pablo para descifrar el enigma indescifrable de los sábios.

La decision de su carácter, la afluencia de su palabra, la sinceridad de su aserto, la firmeza de sus convicciones, su sencillez, su modestia, su virtud atrajeron oyentes á sus discursos catequistas.

Atenas estaba familiarizada con los grandes hombres. Las reputaciones científicas habian

(1) San Agustin, *Ciudad de Dios*.

(2) *Viaje del joven Anacharsis*.

(3) Le Roy, *Filosofía católica de la historia*.

(4) Hechos de los Apóstoles, xvii.

ido á inspirarse en su atmósfera doctrinal y artística. Atico, Craso, Ciceron, Varron, Ovidio, Horacio, Agrippa y Virgilio aprendieron en ella ó en ella se inspiraron. Bruto pasó su último invierno repartiendo el tiempo entre el paralítico Cratippo y el académico Theomnestes. Nadie de ellos fue osado subir al Areópago á esponer una doctrina nueva, que llevaba en sus principios la trasformacion de la filosofia religiosa, cuyo magisterio Atenas reclamaba. Esta gloria estaba reservada á la osadía apostólica de Pablo.

«Atenienses, dijo á los sábios congregados para oírle, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religion, porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado tambien un altar con esta inscripcion: AL DIOS DESCONOCIDO. Pues ese Dios que vosotros adorais sin conocerle es el que yo vengo á anunciaros.

«El Dios que crió al mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor del cielo y de la tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres; ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviere menesteroso de algo; antes bien Él mismo está dando la vida y el aliento y todas las cosas.

«Él es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres para que habitase la vasta estension de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitacion de cada pueblo; queriendo con esto que buscasen á Dios, por si rastreando y como palpando pudiesen por fortuna hallarle: como quiera que no está léjos de cada uno de nosotros.

«Porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje del mismo Dios... (1).»

Hablóles luego de lo impropcedente de la idolatría y de la responsabilidad que contraian los que hicieran el sordo al llamamiento de Dios, responsabilidad que les exigiria cuando juzgara al mundo con rectitud «por medio de aquel varon constituido por Él; dando de esto á todos una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos (2).»

El Areópago escuchó sorprendido el anuncio de una doctrina tan diversa de todas las que Atenas habia enseñado y aprendido. La idea de la resurreccion de los muertos escitó sentimientos encontrados en el ánimo de los oyentes, cuya mayoría expresó el deseo de oírle otro dia explanar tan trascendental tema.

Muchos creyeron en su predicacion, entre ellos Dionisio el areopagita, y una ateniense notable llamada Dámanis.

El Areópago fue quizá el tribunal mas sério de la historia. Incumbíale así fijar ó moderar la inconstancia de las asambleas populares, como vigilar la observancia de las leyes divinas y humanas, mantenidas mucho tiempo en vigor, gracias á la intervencion de tan augusta asamblea (3). A aquel respetabilísimo cuerpo pertenecia examinar las doctrinas nuevamente aparecidas, y emitir su juicio para ilustrar el criterio popular sobre ellas.

Pablo ante el Areópago estaba, pues, ante un concilio verdaderamente doctrinal. Los sábios areopagitas no se rieron por cierto al oír aquellas sublimes concepciones sobre la naturaleza divina, y las relaciones existentes entre Dios y el hombre, y sobre la accion de la Providencia en la vida de los individuos y de los pueblos.

Atenas, acostumbrada á oír el acento de los poderosos aduladores, escuchó la reprobacion doctrinal de su idolatría. Aquello de «no debemos imaginarnos que lo divino se parezca al oro, á la plata y á la piedra esculpidos por el arte y el genio del hombre» fue una verdad, que exigia valor sobrenatural para expresarla ante la congregacion de los divinizadores de todas las esculturas maestras.

Sembradas las ideas cristianas en aquel campo, partió el Apóstol para Corinto, desembarcando en el puerto de Kenchrios, en el mar Egeo. Corinto es una ciudad tendida en un baño de hermosuras. Rica, floreciente, formada por extranjeros de diversas procedencias, centro de un comercio activo, distinguíase por la molicie de su carácter.

(1) Hechos de los Apóstoles, xvii.

(2) Ibid.

(3) Ciceron, *De officiis*.

Vénus era su gran diosa, rodeada de mil cortesanas, que cubrían la prostitucion de su vida con el título de un ministerio semisacerdotal.

Habia una Sinagoga de judíos, animada á la sazón por la reciente llegada de la colonia judía arrojada de Roma por Claudio. Allí Pablo encontró á Aquila y Priscila, fervientes esposos convertidos por Pedro.

Pablo se estableció allí. Organizó un establecimiento de tapicería como recurso de subsistencia. Pronto se le agregó Timoteo, llevándole satisfactorias nuevas de Tesalónica, cuya cristiandad, á pesar de las persecuciones que sufría, perseveraba en la fe, en la caridad y en el afecto á su fundador.

Tambien se le agregó Silas, alegrando el corazón de Pablo con la noticia de que Berea permanecía fiel al Evangelio.

Corinto no hacia el sordo á la palabra apostólica. Entre las familias convertidas cítase por su influencia la de Stephanophoro ó Stephanos. La parte recalcitrante de los judíos se irritó ante los triunfos de Pablo. Hubo tumultuosas protestas y enérgicos anatemas. Desdeñando la animadversion de los tradicionalistas, Crispo, el jefe de la comunidad de los judíos, pidió á Pablo el bautismo para sí y para todos los de su casa. Glorioso trofeo que recompensó sus evangélicos sudores.

Pablo enseñaba á los gentiles en casa de Titojusto, hombre de probidad universalmente reconocida.

Formóse pronto en Corinto una verdadera pléyade de discípulos de Jesús. Además de Aquila y Priscila, de Titojusto, Crispo y Stephanos, allí estaban Cayo, Cluartus, Achaicus, Fortunato, Erasto, que era tesorero de la ciudad, Chloé, opulenta dama, y Zonas, antes doctor de la Sinagoga, y Phebæ, señora principalísima por sus riquezas y por sus cualidades.

Tantos triunfos enardecían el espíritu de rivalidad de los adictos á la Sinagoga. La murmuración de los que perseveraban fieles al judaismo iba creciendo, hasta que Sosthenes, el jefe de la Sinagoga que habia sustituido á Crispo, condujo á Pablo ante el tribunal bajo la acusacion de predicar un culto contrario á la ley.

Era procónsul Marco Annio Novatus, hermano de Séneca, que se llamó despues Gallion, de suavísimo trato y pacífica alma. Stacio le llamaba *dulcis Gallio*. A su autoridad acudieron los padres de la Sinagoga contra Pablo, quien iba á sincerarse de aquellas acusaciones; mas el procónsul, dispensándole la defensa, dijo: «Si se tratase de algun crimen yo os escucharía como conviene; pero tratándose de vuestras disputas doctrinales, de vuestras querellas de palabra, de controversias sobre vuestra ley, juzgad vosotros mismos; yo no quiero ser juez en semejantes materias.»

Esta actitud disgustó á la plebe judía, que promovió una asonada contra Sosthenes y el procónsul. La fuerza pública hubo de emplearse contra los amotinados. Pablo resolvió para evitar desgracias dirigirse á Antioquía de Siria, donde le esperaban nuevas tareas y nuevos trabajos.

Antioquía tenia noticia de los laureles conquistados por Pablo en su segunda expedicion. La cristiandad le recibió en triunfo. No entró sentado en carroza de oro, bajo pabellon de estandartes, coronado por águilas preciosas, rodeado de cautivos; entró volando en alas de caridad, llevando miles de almas libertadas de la opresion idolátrica. Si debiéramos materializar el triunfo moral de Pablo, lo representaríamos entrando en Antioquía rodeado de un vuelo de incontables palomas, formando su aéreo cortejo.

Las fatigas sufridas, las luchas empeñadas, los disgustos devorados, las zozobras, las persecuciones, los tormentos grabaron profundas huellas en su varonil rostro, aunque bañado de la serenidad del justo, que ha cumplido fiel una mision providencial. Era un guerrero al venir de árdua y cruda campaña, con las cicatrices en el cuerpo y la gloria en el alma.

Su nombre asociado al de CRISTO habia adquirido auréola de inamisible inmortalidad.

Su palabra, no solo habia poblado los aires de las iglesias engendradas por su espíritu, sino que escrita ya en algunas cartas, como las á los tesalonicenses, formaba la riqueza doctrinal de las felices cristiandades, que obtuvieron la dedicatoria de aquellos documentos, destinados á formar una de las solidísimas bases de la reina de las teologías, de la única teología que debia prevalecer en el mundo de las inteligencias regeneradas.

La poesía del culto y la prosa de la argumentacion tenian un tesoro en aquellos escritos, nervio de la argumentacion de la sabiduría y tema de los cantos de la mística cristiana.

Así los sudores de aquel Apóstol eran glorificados. Nutridos coros de *hossanna* derramaron el consuelo sobre las heridas abiertas por los tumultos judaico-paganos urdidos y levantados á su paso.

XVII.

Nuevas contradicciones en la Iglesia. — Trabajos apostólicos de Pedro.

El hombre malo no se durmió. El campo del Señor fue cautelosamente sembrado de exterminadora cizaña. No todos los convertidos lo eran de corazon. Muchos procedentes del fariseísmo se resistian á reconocer la elevacion y la anchura de la obra de JESÚS. Miopes y raquíuticos no alcanzaban la largueza y la universalidad de la Redencion. Aquellos formaban la verdadera rémora al espíritu de los Apóstoles. Á medida que se ensanchaban las fronteras del reino evangélico, suscitaban aquellos nuevas dificultadas á la paz cristiana. Pablo era el tema de las murmuraciones de las almas apocadas.

Por fortuna la unidad doctrinal estaba garantida en las firmes bases del mas definido símbolo, y la grandeza de ánimo del Apóstol no habia afectado ni un ápice la integridad de los acuerdos dogmáticos.

La cuestion de las observancias legales, aunque solventada en el Concilio jerosolimitano renacia con reiterados pretextos, y era causa de vacilaciones hasta en algunos Apóstoles. La firmeza de Pablo salvó la unidad de conducta tan necesaria para dejar á completo abrigo la unidad doctrinal.

Las discusiones habidas en Antioquía entre los discípulos de Pablo y los de Jerusalem, si bien enérgicas y empeñadas, no quebrantaron el lazo de la caridad y aquella union, cuya debilidad tan fatal hubiera sido á la propagacion del Evangelio.

El mismo Pedro atendió con humildad admirable las observaciones de Pablo, triunfando el espíritu de JESUCRISTO sobre las asechanzas infernales urdidas para desbaratar los planes apostólicos.

«Con frecuencia, dice Døellinger, se viene abusando de algunas expresiones de la epístola de san Pablo á los gálatas para suponer entre san Pablo y los otros Apóstoles separaciones, tirantez de relaciones, divisiones marcadas, que en realidad no existieron. Léjos, muy léjos de pretender despreciar la dignidad, los tratamientos y diferente estimacion, adhiérese á ellos, hace con ellos causa comun. Reconoce y deduce que ellos son iguales á él, y que él es igual á ellos, igual en la sublimidad del ministerio y de la mision; igual en el menosprecio del mundo. Señala para los Apóstoles el primer lugar en la Iglesia; para él ellos son con los profetas los fundamentos de la Iglesia. Son sus hermanos, hombres que por sus obras dan gloria á JESUCRISTO. Llámase el último de los Apóstoles, aunque él, ó mejor la gracia de Dios en él, haya trabajado mas que los otros.»

Por otra parte los demás Apóstoles tenian formado de Pablo una idea correspondiente á su importancia, á su celo, á sus obras, á sus milagros. Solemnemente habian declaró que uno era el Evangelio de Pablo, y el Evangelio que ellos predicaban.

El espíritu de division no pudo separar lo que Dios habia unido. El enlace se verificó al influjo del Espíritu Santo.

Y en verdad era necesaria toda la abnegacion de los Apóstoles y discípulos para mantener compacta la cristiandad, pues frente á frente la Iglesia se iban levantando cátedras religiosas contradictorias de la mision y de la doctrina reveladas. Ebion combatia la divinidad de JESUCRISTO, apoyando con su pagano criterio la persistencia de los judíos refractarios á las obras del Mesías; los osenianos defendian la licitud de disimular la fe ante los grandes peligros provocados por su confesion; Himeneo negaba la resurreccion venidera.

La doctrina cristiana veia, pues; combatidos en detall sus artículos; contra las argucias sistematizadas era indisputable la compaginidad de los confesores.

Por esto los síntomas de division entre los procedentes del paganismo y los del judaismo llenaban de zozobra el corazon de los Apóstoles. Mas el verdadero espíritu evangélico triunfó.

Los agentes de la discordia devoraron la amargura de ver deshechos sus satánicos proyectos ante la caridad de los legítimos Apóstoles.

No estaba Pedro ocioso mientras Pablo diseminaba el buen grano.

Si bien su silla propia estaba erigida en Roma, visitaba, como pastor solícito, las varias cristiandades. No guarda la historia eclesiástica detalles minuciosos de las misiones ó viajes de Pedro; pero sabido es que visitó á Cesarea, Tiro, Sidon, Berito, Byblos, Tripoli, Antaradus, Laodicea, sufriendo contradicciones y gozando delicias semejantes á las que sufrió y gozó Pablo.

Roma vió crecer á su sombra la mas floreciente iglesia. Pablo mismo en su carta á los romanos atestigua la confianza que le inspiraba la vigilancia y la instruccion de aquella cristiandad. Declara que él no la ha fundado, y que se abstiene por lo tanto de ir allí con una mision expresa, bien que no renunciase á la idea de hacerle una visita accidental al regreso de su viaje á España.

Los demás Apóstoles dedicábanse, cubiertos con el manto de la modestia, á edificar unos desde Jerusalem, otros en las regiones á que respectivamente fueron enviados, la Iglesia de la cual Jesús les habia designado como arquitectos.

No era esplendor humano, ni ruidosa forma temporal el objetivo de los Apóstoles; de ahí que la mayor parte de sus prodigiosos hechos no vengan consignados en los anales de los orígenes del Cristianismo. El libro histórico conocido con el nombre de los Hechos de los Apóstoles inserta aquellos que mas directamente se relacionan con los principios de la doctrina ó con la organizacion de la Iglesia. Los de carácter puramente personal, los referentes directamente á la santidad cristiana de sus autores no están escritos allí. Solo se trataba de glorificar y perpetuar la obra divina; las obras de los hombres eran relegadas á un término secundario.

XVIII.

Nuevos trabajos, obras y viajes de Pablo.—Iglesia de Efeso.

La cizaña sembrada en la cristiandad de Antioquía se diseminó hasta á las organizadas por Pablo. Sobre todo en la Galacia los adversarios del Apóstol de la gentilidad hicieron esfuerzos supremos para divorciar los fieles de su ilustre padre en la fe. El alma del padre prorumpió en un grito de indignacion santa al ver espuesta la constancia de una de sus hijas predilectas. La carta á los galatas es un eterno y amirable monumento de la ternura y de la firmeza apostólicas. Las gestiones de los falsos hermanos para apagar la llama del Evangelio encendida en las iglesias de Galacia, tiene en aquel documento el mas enérgico y contundente

anatema. Pero no se crea que el anatema de Pablo alcanzara á los Apóstoles verdaderos. En aquel ilustre documento se halla explícitamente reconocida la autoridad de la mision de Pedro: «Visto que me habia sido encomendado á mí el Evangelio de la incircuncision, dice, como á Pedro el de la circuncision. (*Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncision, obró en mí para con las gentes*).» Cuyas palabras, equiparando los fundamentos de su mision á los de la de Pedro, colocan á gloriosa altura ante sus discípulos el apostolado del que, algunos críticos racionalistas, presentan como á su rival inconciliable. No, esta rivalidad jamás existió. Las discusiones fueron notables, abiertas, francas. Los respectivos criterios se espusieron con calor, pero con perfecta buena fe.

Pablo, cumplido el objeto de su permanencia en Antioquía, emprendió su tercer viaje. Efeso fue el lugar escogido para formar un nuevo centro de propaganda. De paso visitó á sus queridos gálatas, que se esmeraron en probarle la constancia del amor que le profesaban. Colosos, Laodicea y Hierápolis, situadas en la cuenca del Lycus, fueron tres campos que recibieron la semilla de su predicacion.

Efesó aguardaba su llegada, porque la fama de su nombre era admirada en ella; pues estuvieron allí domiciliados Aquila y Priscila y era la patria de Epeneto, á quien san Pablo llamó «primicia del Asia Menor.» Pronto conquistó para CRISTO á Apolonius ó Apolos, hombre de preclaro talento, estudioso observador, filósofo que habia aprendido en los escritos de las escuelas helénicas, y que gracias á sus vastas relaciones obtuvo noticia de Jesús y del Bautista por medio de los discípulos de este.

Las nociones religiosas adquiridas en sus viajes dejaban algo que desear. Pablo completó su instruccion, y la de los que habian sido por él semi-instruidos.

En la sinagoga de Efeso hizo prosélitos; pero el mayor núcleo de ellos los obtuvo en las conferencias cristianas que daba á los gentiles en la sala de la casa de Tyrannus, gramático entonces muy reputado.

Los portentosos hechos con que el predicador de CRISTO confirmaba la verdad de su doctrina, acrecentaron su reputacion de santidad. Pablo era una medicina universal ambulante. El contacto de su sombra ó de sus vestidos restauraba la salud de los mas enfermos. Los partidarios de la mágia veíanse humillados por los prodigios verdaderos del Apóstol.

Algunos exorcistas judíos, hijos de un tal Schevas, príncipe de los sacerdotes, pretendieron operar los portentos de Pablo, sirviéndose como él del nombre de Jesús para librar á un poseso; mas el endemoniado se burló de los exorcismos de los falsarios, que hubieron de abandonar sonrojados su propio país. Muchos testigos de aquel hecho se convirtieron.

El espíritu de rivalidad soliviantó los ánimos contra la nueva predicacion, y á los clamores é intrigas de los partidarios de Schevas se unieron las imponentes protestas de los industriales, que veían en el descrédito de los ídolos un perjuicio á sus materiales intereses. Efeso poseia uno de los templos mas espaciosos á la sazón conocidos. Monumento gigantesco, maravilla artística de aquellos tiempos, el templo de Artemis ó Diana atraia á Efeso grandes riquezas y numerosas peregrinaciones. Las fiestas religiosas que se dedicaban á la gran diosa valian á la ciudad asombroso concurso de extranjeros. Uno de los ramos de industria que se nutrian del culto de Artemis era la platería. Fabricábanse hermosas *naos*, ó miniaturas del templo, estatuillas de la mujeril divinidad y otros objetos mas ó menos relacionados con esta y con aquel. Centenares de obreros se dedicaban á su fabricacion.

Pablo predicaba que «los dioses hechos por mano de hombre no son verdaderos dioses» y esto, zapando el fundamento de la idolatría, heria de lleno la industria y el culto de los efesios.

El jefe de los plateros, llamado Demetrio, empezó á escitar las pasiones de la clase trabajadora, perorando en los talleres contra las innovaciones religiosas de Pablo, y llamándoles la atencion sobre los perjuicios materiales que pronto reportarian de la propaganda de la nueva doctrina. Los obreros se lanzaron á la calle al grito de «Viva la grande Artemis de Efeso.»

Habia en aquella ciudad un teatro que en grandeza y lujo competía con el templo. Todavía hoy se puede medir su vastísimo círculo por las ruinas amontonadas en la falda del monte Prion. Cincuenta y seis mil espectadores cabían holgadamente en él. Rodeaban el patio columnas elegantes, pórticos esbeltos.

El pueblo amotinado se dirigió á aquel lugar centro de las manifestaciones ruidosas decidido á jurar y obtener la conservacion de sus dioses.

Cayo y Aristarco, dos cristianos de Tesalónica, agregados entonces á la mision de Pablo corrieron inminente riesgo de ser atropellados y arrastrados por la desbordada muchedumbre. El tumulto atizado por inteligentes jefes crecía por momentos. La gritería horrísona se propagaba desde el teatro al foro y al mercado, lugares vecinos, henchidos aquel dia de operarios. El clamoreo era en favor de Diana y contra Pablo.

Pablo se disponia á presentarse al pueblo y arengarle, como piloto diestro é impasible á quien no impone jamás la tempestad. Su alma serena contemplaba siempre la tormenta como



TROAS Ó TROADE.

el sol mira las nubes desde inasequible superioridad. Mas sus discípulos le detuvieron. Algunos señores principales de Asia, conocidos de Pablo, y entonces residentes ó pasajeros en Efeso, temiendo un arranque de celo de su amigo enviaron tambien á rogarle que no se presentase.

El furor popular era ya obcecacion.

Sin embargo, hubo un hombre esforzado, que con heróico denuedo, saliendo del tropel, hizo señas á la muchedumbre para que escuchara; mas luego que conocieron los oyentes que era afecto á Pablo, un grito compacto de «viva la gran Diana de los efesios» ahogó su voz.

Al fin el secretario ó síndico se presentó; é impuso silencio; atentas ya las masas, dijo:

«Varones efesinos, ¿quién hay entre los hombres que ignore que la ciudad de Efeso está dedicada al culto de la gran diosa, hija de Júpiter?»

«Siendo, pues, esto tan cierto, que nadie lo puede contradecir, es preciso que os soseguéis y no procedais inconsideradamente.

«Estos hombres que habeis traído aquí, no son sacrílegos, ni blasfemos de vuestra diosa.

«Mas si Demetrio y los artífices que le acompañan tienen queja contra alguno, audiencia pública hay y procónsules; acúsenlo y demanden contra él.

«Y si teneis alguna otra pretension, podrá ella decidirse en legítimo ayuntamiento.

«Cuando no, estamos á riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este día, no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunion (1).»

La energía y prudencia de aquel probo funcionario apaciguó los ánimos. Dispersóse la multitud, no sin llevarse los amotinados buena dosis de rencor en los corazones. En aquellas escenas Aquila y Priscila espusieron la vida para salvar la del hombre de Dios.

Pablo creyó prudente alejarse de aquel volcan peligroso.

Quedaron, empero, allí para sostener y continuar la obra del Apóstol, varios de sus adictos discípulos, al frente de ellos Aquila y Priscila, respetable pareja, que mereció auténticos y reiterados elogios del maestro; despues una mujer activa y santa llamada María; Urbano, calificado de cooperador por Pablo; Apeles, que mereció el calificativo de «honrado en JESUCRISTO» y Rufo, «distinguido en el Señor,» y su madre anciana, que el Apóstol, por respeto llamaba: «Mi madre» y una pléyada de mujeres piadosísimas, á las cuales Renan califica de «verdaderas hermanas de la caridad,» entre ellas Triphones y Triphosia, «buenas obreras en la industria del Señor;» Persis, particularmente encomiada por Pablo; distinguíanse tambien allí Ampliato, ó Amplias, Herodion, Stachis; en un grupo no menos celoso que el de los citados fieles brillaban Asqueretas, Flegon, Patrobas, Nermas y Hermas. Filólogo y Julio tenían asimismo un círculo de correigionarios; Nereo y su hermana brillaban en su círculo; Olimpas tenía sus secuaces. Las casas efesias de Aristóbulo y de Narciso convirtiéronse en pequeñas parroquias. Tignico, Trofimo, Andrónico y Junio elaboraban en aquel campo la salud de las almas.

Aquella cristiandad, una de las mas numerosas, fue tambien de las mas disciplinadas, como quiera que debió formarse en el crisol de un ardiente y sostenido combate. Pablo consideró la Iglesia de Efeso como una de las mejores recompensas otorgadas por el cielo á sus desvelos y á su adhesion.

La parte occidental del Asia Menor, sobre todo las orillas del Meandro y del Hermas se cubrieron de Iglesias.

Smirna, Pergamo, Thyatiros, Sardes, Filadelfia, Tralles aceptaron la nueva fe. No se crea fueran aquellas regiones sin importancia. La Jonia estaba en el primer siglo sumamente poblada, «poderosas asociaciones de obreros análogas á las de Italia y Francia en la Edad media, ha escrito un historiador, nombraban sus dignitarios, alzaban monumentos públicos, erigian estatuas, hacian trabajos de utilidad comun, fundaban sociedades de socorro, y manifestaban por doquiera la prosperidad, el bienestar y la actividad moral.

Laodicea y Hierápolis eran ciudades de verdadera importancia. Roma las atendia como á tales. En Laodicea, Nimphas ó Nymphodoro erigió en su casa una iglesia concurrida. Sobre esta ciudad y la de Hierápolis y la de Colosos, Epaphras ó Epaphroditas, amigo de Pablo, ejercia sólida influencia, como Filemon y Apia la ejercian en Colosos. El celo de Archipa desarrollado en aquellas regiones florecientes le valió de Pablo el dictado de «compañero de armas.»

Pablo estendió el círculo de su palabra y de su autoridad en la gran Frigia. El Ponto y la Capadocia escucharon su predicacion.

Prósperos eran los sucesos del Evangelio en aquella tierra, los que Renan ha compen-

(1) Hechos de los Apóstoles.

diado en esta línea: «El Cristianismo, semejante á un voraz incendio, abrasó todo el Asia Menor (1).»

Mas en medio de aquellos consuelos una division inesperada turba la paz de Corinto, y por lo tanto amarga el alma de su evangelizador.

Apolo predicaba allí el Evangelio verdadero. El estilo de Apolo se diferenciaba del de Pablo, aunque idéntica era la doctrina de ambos. Pero en Apolo predominaba el lenguaje y la forma filosófica, su elocuencia era académica, sus producciones artísticas. Las predicaciones de Pablo eran teológicas en la forma y en el fondo. Los cristianos educados en el helenismo simpatizaron extraordinariamente con Apolo; los sencillos, con Pablo.

Por fortuna Pablo y Apolo, unidos por el doble vínculo de la verdad y de la caridad, no rivalizaban; «eran dos almas grandes dignas de comprenderse y de amarse,» expresion de un crítico contemporáneo.

Para aumento de confusion llegaron á Corinto emisarios de los fariseos para soliviantar la opinion contra Pablo. Y para dar cierta autoridad á su bandera cismática levantáronla en nombre de Pedro, quien era del todo ajeno á tan infernal maniobra.

Hubo tres partidos vivos, encarnizados en Corinto. El de Apolo, el de Pablo y el de Pedro.

Pablo dejó oír su palabra: «Todos somos de Cristo,» dijo á los corintios en una de sus admirables cartas. Como la escision no era de doctrina sino de simpatías, el nombre de Cristo disipó las nubes que amenazaban mas crudas tempestades.

Al mismo tiempo cundia cierta desmoralizacion en aquella cristiandad. En las *agapas* ó festines místicos se notaban abusos, que podian llegar á ser un dia reproduccion de la crápula pagana; en los templos, las mujeres, dejándose trasportar por inconveniente fervor místico, prescindian de la modestia cristiana, y profetizaban, descubierta la cabeza y con alta voz, con desenfado gentil; se enturbiaba la santa pureza del matrimonio, separándose de las reglas de honestidad, que formaban uno de los puntos principales de la moral.

De todo esto se ocupó Pablo, lleno de afliccion, en su célebre carta. Envióles además emisarios de su entera confianza. Timoteo y Erasto eran los principales confidentes.

Ya por aquella época Pablo pudo presentarse coronado por el esplendor de los mares de sudores derramados y de la variedad de persecuciones sufridas por el Evangelio.

«Las fatigas, las prisiones, los golpes, la muerte, dice, de todo he probado con extraordinaria abundancia: cinco veces los judíos me han aplicado sus treinta y nueve azotes con cuerdas; tres veces he sido apaleado, una apedreado; he naufragado tres veces y he pasado un dia y una noche en el abismo; viajes sin número, peligros al pasar los rios, peligros por los ladrones, peligros nacidos de la raza de Israel, peligros por parte de los gentiles, peligros en las ciudades, en el desierto, en el mar, peligros por parte de los falsos hermanos, todo lo he conocido. Fatigas, trabajos, vigiliass repetidas, hambre, sed, prolongados ayunos, frio, desnudez, *hé aquí mi vida.*»

Y por cierto que cuando trazó estas líneas todavía le faltaba una buena pieza de persecuciones á sufrir. Diez años le restaban aun á viajar, esto es, á sudar, á sufrir, á devorar injusticias y atropellos.

Empero antes de seguirle en este último periodo de su penosa evangelizacion debemos volver las miradas á otro punto del cuadro social.

(1) San Pablo, XIV.

XIX.

Neron.—Sus inclinaciones.—Su elevacion al imperio.—Su disipacion.

Hemos llegado al año 54 de nuestra era; hemos visto la palabra del Evangelio sembrada en los principales centros de la civilizacion entonces reinante. La Iglesia se hallaba plantada; su magisterio organizado en muchos puntos, JESUCRISTO tenia altares erigidos, donde era misticamente inmolidado para la salud de todos por el nuevo sacerdocio.

Roma vió levantarse hasta al trono de los césares á un jóven, sobre el que ninguna esperanza podia racionalmente fundarse.

Su primera educacion fue lo que podia prometerse de un danzante y de un barbero, á quienes su tia Lépidia le confió en su infancia, durante el destierro de su madre Agrippina por Claudio.

Cuando Agrippina se elevó al rango de esposa de este, llevando al trono el proyecto de obtener á toda costa el entronizamiento su hijo, colocólo bajo la direccion de Burrhus, tribuno militar de gran fama, y de Séneca, filósofo de estendida reputacion.

El filósofo y el guerrero comprendieron luego las inclinaciones de su educando á las frivolidades de la vida.

Preferia las artes á las letras; la pintura al estudio. Aversivo á la filosofía, sentíase inclinado á la poesía, esto es, á la recitacion de piezas ajenas. El canto y la declamacion eran su objetivo. El *moralista* Séneca perdió pronto la esperanza de legar á la historia un discípulo que le glorificara. Burrhus, por su parte, no tardó en convencerse que su educando no sombrearia con su talla la gloria de Julio César. Los juegos del circo y del anfiteatro le preocupaban sobre los ejercicios militares.

Agrippina maleó el corazon de su hijo, valiéndose de él por instrumento de la perdicion de Lépidia. Ella le enseñó la manera como debia delatar á su antigua bienhechora. Neron, apenas jóven, supo desempeñar el repugnante papel para con Claudio.

¡ Hermosa aurora de una vida destinada á labrar desde el imperio la felicidad de la mayoría del género humano!

Agrippina le abrió las puertas del reinado con el envenenamiento de su esposo y con la traicion magistralmente urdida contra Germanicus, el legítimo heredero del trono. La astucia y la hipocresía trabajaron de consuno en aquella jornada decisiva para los proyectos futuros de la mas criminal de las esposas y la mas cínica de las madres.

Neron, proclamado emperador por las legiones compradas con la promesa del *pródigo donativum*, empezó desahogando su piedad filial con la propuesta al Senado de elevar á la categoría de Dios á su padre adoptivo.

Durante las fúnebres honras, Neron pronunció la apoteosis de Claudio, obra maestra de cinismo, capaz de manchar una reputacion, aunque fuese de un hombre esclarecido como Séneca. Al oír el Senado elogiar las cualidades intelectuales y morales del idiota que acababa de sucumbir, ni el temor, ni el respeto, ni el carácter lúgubre de la solemnidad pudieron contener la expresion de la hilaridad general. La ironía apareció al través del velo de la alabanza, que quizás Séneca dejó algo toscamente urdido para que la posteridad viera la idea de su conciencia por entre el humo de la adulacion. ¡Sarcástica burla que, jugada sobre la losa de un despreciado soberano, revestia todas las repugnancias de enorme impiedad!

Séneca, verdadero autor de aquellas risas, lo fue de un estúpido sacrilegio; porque Senado y pueblo de Roma riéronse en aquel acto, no de un hombre, sino de *un Dios*. No se humillaba la ceniza de un mortal, sino la gloria de un genio encumbrado en el altar. ¡Ah!

es que Séneca no creía ya en la santidad del culto romano, liturgia consagrada á todas las indignidades humanas.

Después de la divina apoteosis del estúpido soberano vino la glorificación de la más repugnante de las mujeres.

Cuando el jefe de las legiones se acercó al *imperator*, según costumbre, para recibir la con-signa militar del día, Neron, enternecido, le contestó: «Sea: ¡á la mejor de las madres!»

¡La mejor de las madres! ¡la madre típica! ¡Agrippina! ¡qué colmo de iniquidad entraña este calificativo! El hijo sabía por qué caminos la mejor de las madres le había conducido á la altura en que rayaba. Sin embargo, la confidente de Locusta y de Xonophon fue declarada *sacerdotisa del divino Claudio*. Título irrisorio por una parte, pero providencial por otra; porque, en efecto, Agrippina había inmolado á Claudio en el altar de su ambición y de su altivez.

Neron se presentó después al Senado para esponer el programa de su imperio. La política de Augusto fue confirmada por el joven soberano. Se anonadó ante los padres conscriptos para que estos le otorgaran la omnipotencia; apareció esclavo para hacerse señor.

Los senadores resolvieron por unanimidad que las palabras del Príncipe fueran grabadas en planchas de plata y cada año solemnemente leídas. Pretendieron levantarle una estatua de oro y otorgarle el título de *padre de la patria*. Dos distintivos que Neron rehusó. Rehusó también acceder á ratificar el *senatus consultus*, que establecía que en adelante el año empezara por el mes de diciembre, que era el de su nacimiento.

Convengamos que el exordio de su imperio fue digno. Clemente con Julius Drusus, acusado de profesar íntimas simpatías para Germanicus, lo puso bajo su protección. Protegió al senador Carinas, delatado por su esclavo; abolió los impuestos excesivamente pesados, y redujo á la cuarta parte la recompensa que la ley Papia concedía á los delatores. Suetonio cuenta que al presentarle á la firma una sentencia de muerte, exclamó: «Ojalá no supiera yo escribir.»

La ingerencia de la altiva Agrippina en la administración y en el régimen de la cosa pública dejó pronto sentir sus funestos efectos. Sin conocimiento de Neron, Silanus, hermano del sacrificado antes, hombre inofensivo, á quien Calígula apodó *la bestia de oro*, fue envenenado de orden de la Emperatriz. Narciso, liberto influyente en el reinado de Claudio, recibió semejante muerte venida de la misma mano.

La sangre de Silanus y de Narciso despertaron el ánimo adormecido de Séneca y Burrhus; los dos consejeros espusieron á Neron el verdadero estado de las cosas, y los peligros que corría el imperio si se dilataba el correctivo.

Entonces Pallas, el liberto confidente y cómplice de los grandes crímenes de Agrippina, fue alejado de la corte. Las discusiones administrativas dejaron de celebrarse en el palacio imperial, donde la madre de Neron las escuchaba tras cortina. Algunos de los extraordinarios homenajes que le habían sido otorgados cesaron por orden del Senado. Agrippina, mortificada, resuelve revindicar su supremacía en un acto solemne. Diríjese al Senado cuando los embajadores armenios fueron á ofrecer los testimonios de respeto al pueblo romano. Al entrar dirige sus pasos hácia el sillón de preferencia, empero por consejo de Séneca, Neron des-ciende, toma la mano de su madre, y la ofrece un asiento inferior. Entonces Agrippina se reconoce realmente destronada. Roma aplaudió este rasgo de independencia.

Roma había tocado las consecuencias de los principios sentados y practicados por el epicureísmo, este desborde de las pasiones más inmorales, frenesí del sensualismo elevado á la locura. Los epicúreos habían llevado el desden á la humanidad y el insulto á los derechos ajenos hasta el punto de provocar el enojo en todo pecho que conservara algún destello de honradez. Desgraciadamente la sociedad romana, falta de una virtud sobrenatural, carecía de la única fuerza capaz de contrarrestar la corriente corruptora. Hubo de buscar solo en hombres menos corrompidos un contrapeso puramente humano, y por lo mismo incapaz de desarraigarse la que

tenia sus raíces en las tendencias mismas del corazón. El estoicismo era el sistema de la impasibilidad y de la fría firmeza. Necesitaba combatir el deleite grosero, el amor desenfrenado con un sistema que proporcionara al alma delicias superiores, gozos espirituales y puros. Esto ni siquiera se lo proponía el estoicismo.

En la corte de Neron empeñaron reñido combate de influencia ambos sistemas. Séneca y Burrhus sostenían el espíritu de severidad y trabajaban hasta cierto punto para conservar la integridad de carácter en Neron; pero el joven Emperador sentía inclinaciones diametralmente opuestas á los preceptos de sus guías.

Neron era prácticamente todo un epicúreo. Rodeado de jóvenes voluptuosos, ocupábase en organizar repugnantes festines, crapulosas orgías donde la sensualidad obtenía sibarítico refinamiento. La corte vino á ser el lugar de cita de los hombres conocidos por su disipación y libertinaje. En sus cotidianas tertulias, Neron tocaba la lira y la flauta y recitaba versos tan impúdicos como el auditorio que los escuchaba y aplaudía. Allí exhibía el Emperador los cuadros debidos á su pincel, allí desempeñaba bajas y repugnantes pantomimas, inspiradas por París y por Menecrato. Petronius escribía muchas de las poesías que Neron recitaba como á propias. Othon, Doriphorus, Sporus, Epaphrodita eran los comensales casi cotidianos del nuevo comediante, que se atribuía la gloria de poseer un admirable genio artístico.

Era costumbre de los jóvenes discípulos de Roma el terminar las comilonas con un paseo nocturno por la ciudad, durante el que, con la inmunidad de la embriaguez, se entretenían en insultar á los transeúntes pacíficos, promover pendencias y disputas escandalosas, originar conflictos, á veces sangrientos, ya con los agentes de la autoridad, ya con personas que no se resignaban á ver pisoteada su dignidad.

Neron tomó parte en las expediciones nocturnas de sus compañeros. En el segundo año de su principado rodeábase ya de sus desenfrenados favoritos, y bajo el disfraz de un esclavo recorría las calles de Roma, entrando en las hediondas tabernas de los indigentes barrios, promoviendo escandalosas querellas. Desconocido de la plebe, blanco de sus provocaciones, hubo más de una vez de retirarse á palacio pintados en el rostro los golpes en las refriegas recibidos. Pronto Roma conoció las extravagantes diversiones de su Príncipe, á cuyo aliciente la intrépida juventud quebró todo freno. Las calles de Roma se convertían cada noche en puntos de asalto. Multiplicábanse los combates librados á las patrullas de vigilantes, ó á los indefensos ciudadanos que se veían precisados á salir de sus casas por alguna urgencia.

Aconteció una noche que el senador Julius Montanus, al salir de la casa de un amigo, se vió asaltado por una docena de pendencieros. Montanus dió á los criados que le acompañaban la orden de defenderle, y para ofrecer él mismo ejemplo de valor descargó una lluvia de palos sobre el jefe de los salteadores. De repente reconoció al resplandor de una antorcha que había vencido nada menos que á Neron. Huyó lleno de asombro, y á la mañana siguiente escribió una respetuosa esquela al Emperador excusándose por la escena de la víspera, y protestando haber ignorado el carácter del adversario. La carta de Montanus le irritó más que su propia derrota. «¡Cómo, exclamó, este hombre ha vencido al César, lo reconoce y aun vive!» Y escribió: «Te concedo dos horas para morir.» Y entregó la tablita en que se consignaba esta sentencia al mensajero de la carta. Montanus obedeció. Á tanta bajeza llegó en la época de la altivez romana la humillación de los ciudadanos.

La noticia de la escena y de su desenlace convirtió á Roma en un verdadero desierto; desde que se tendía sobre la ciudad el manto de la noche ninguna persona decente por ningún pretexto abandonaba el hogar. Hasta la gente perdida huía precipitadamente al descubrir el más mínimo grupo. Neron no pudo insultar á falta de personas que se resignaran á ser miserables juguetes de sus indignos caprichos.

Entonces se entregó con igual desenfreno al encorazonamiento de los juegos públicos. Enemigo del orden, promovía intrigas y disensiones entre los artistas y el pueblo. Retiró la guardia de vigilancia de los espectáculos, prohibiendo á sus agentes intervenir para la pacifica-

ción de los tumultos que se originaran en los circos ó anfiteatros. El populacho, creyéndose autorizado para todo libertinaje, convirtió los teatros en campos de batalla. Á las escenas representadas acompañaban trájicos y hasta sangrientos lances, que se continuaban y reproducían en las calles de Roma. Los desórdenes crecían por momentos; Neron empezaba á ser considerado como un verdadero peligro de guerra para la patria. Jamás se habia visto escándalo semejante apoyado, impulsado y cínicamente promovido desde las regiones del poder.

Los ministros ó consejeros le manifestaron la proximidad de la anarquía si no cambiaba de senda. Temiendo perder el trono, que le facilitaba tan ilimitado goce, el inconsiderado Príncipe cambió en rigor severo su tolerancia pueril. Las guardias fueron restablecidas en los teatros, las pantomimas prohibidas, los histriones expulsados.

Las quejas del pueblo abrieron de nuevo á no tardar á los histriones las puertas de la patria, á la mímica los de la escena. Neron se entregó á deleites todavía mas asquerosos.

Las intrigas de la corte seguían complicándose. Agrippina pretendía revindicar su influencia á toda costa. Concibió la idea de suscitar contra su hijo Neron la rivalidad de Britannicus, y en un arranque de altivez tuvo la imprudencia de revelar su plan siniestro en son de amenaza.

Una tempestad de desenvueltas pasiones suscitóse en el corazón del Emperador; una crueldad implacable suavizó ante su ánimo la senda del crimen para desembarazarse del peligro de ser destronado. En medio de un festín Britannicus cayó repentinamente muerto. Había bebido una copa de antemano preparada por Locusta. Agrippina cayó desvanecida de terror; Octavia quedó helada, inmóvil como el mármol; Neron, impasible. En aquella misma noche Britannicus fue sepultado, y el pueblo advertido de que habia muerto Britannicus de una enfermedad *hereditaria*. En efecto, era ya hereditario el veneno en aquellas mefíticas regiones.

Agrippina disimuló el efecto producido en su altiva alma por aquella escena de la venganza triunfante de su propia venganza. Librábase en aquellos palacios una batalla del crimen contra el crimen.

Empero no renunció ella al proyecto de deponer á un hijo que rechazaba su influencia maternal. Dedicóse con sutilidad y ahinco á formarse un partido adicto entre la nobleza romana que en su día le facilitara un golpe de Estado incontrarrestable. Neron fue instruido de los manejos de la que no consideraba ya como madre. Una de las favoritas de Agrippina, Julia Silana, fue testigo de las asiduidades de Rubellius Plantus, hijo de Julia, nieta de Drusus. Silana interpretó el pensamiento político que envolvían las caricias de aquella mujer. La sospecha fue comunicada á Neron como un verdadero y ya fraguado complot. Neron, loco de furor, determinó condenar á muerte á su propia madre; pero Séneca y Burrhus le convencieron de la necesidad de oírla antes de sentenciarla. Neron cedió. Agrippina, llamada á defenderse, obtuvo fácil victoria sobre sus enemigos. Los acusadores pasaron al rango de acusados. Atimetus, el mensajero de Silana, pagó con la vida su delación. Silana, Iturius y Calvisius fueron desterrados. Agrippina consiguió rehabilitarse momentáneamente.

En aquellos días empezó á levantarse en el firmamento de la sociedad romana una nueva estrella. Poppæa Sabina, primero esposa de Rufus Crispinus y luego de Sylvius Othon, mas tarde emperador, brillaba con todos los hechizos de la belleza y de la opulencia. El culto de que era objeto ensanchó sus aspiraciones. No le bastó ser la esposa de un súbdito, pretendió serlo del Emperador.

Neron no tardó en sentirse cautivado por el influjo de la diosa que orientaba. El esposo de Poppæa fue enviado á Lusitania con carácter de gobernador. Poppæa tuvo un obstáculo de menos que vencer. Faltábale conseguir el divorcio de Octavia, esposa de Neron. Octavia era una rival poco temible. La perversidad de Neron habia amargado en ella las delicias palaciegas. Enfermiza, angustiada, retraída, para ella la perspectiva del divorcio distaba mucho de revestir el carácter de una desgracia. Pero la unión de Neron con Octavia estaba bajo el protectorado de Agrippina. Era preciso deshacerse de la madre para romper el nudo conyugal del hijo.

Poppæa dirigió sus esfuerzos á este resultado. La perfecta tutela en que tenia Agrippina al Emperador dieron á Poppæa temas á propósito para escitar la activa susceptibilidad de su amante.

Conoció la intriga Agrippina, y resolvió alejarse de un campo en el que le faltaban sostenes. Neron felicitó á su madre por su resolución de preferir el retiro y la soledad al bullicio de la corte.

Mas la sombra de su madre siempre reaparecida continuaba siendo para él una amenaza. Resolvió, pues, relegarla al retiro de los muertos.

Anicetus, liberto, comandante de la flota de Misenas, propuso á Neron el proyecto de un naufragio preparado. Un buque construido á propósito debía abrirse en alta mar, sepultando en sus ondas el embarazo vivo de los proyectos neronianos. El plan recibió omnimoda aprobación.

Agrippina, invitada por su hijo á asistir á las fiestas consagradas á Minerva, con expresiones que reveleban cariño filial, cayó en el lazo. En la casa de Hortensius, sobre el golfo de Bayo, Neron y Agrippina se entregaron á expansiones familiares. Hablóse de lo presente, de lo pasado y de lo venidero. Las sospechas de Agrippina se desvanecieron, la despedida fue tierna, los besos multiplicados, los abrazos íntimos. Á juzgar por las apariencias de aquella escena, mas bien las almas se fundian que los cuerpos se estrechaban.

Agrippina y su esclava Aceraunia se embarcaron por fin en la galera tiburriana.

Neron quedó aguardando la nueva del naufragio combinado. El resplandor de las estrellas iluminaba la noche, negando al crimen un manto para ocultar su oscuridad. Un horrible ruido avisa á los pasajeros el peligro que corren; empero la maniobra lentamente ejecutada da tiempo á estos de echarse á nado. «Yo soy Agrippina,» grita la esclava, no sabemos si por un movimiento de egoismo cruel ó de heroica fidelidad. Á este grito una mano nervuda la precipita al mar. La verdadera Agrippina se salva.

Anicetus aparece á informar á Neron la desgracia del proyecto, al mismo tiempo que Agerinus, emisario de Agrippina, llega á anunciar de su parte que la Emperatriz se ha salvado. Neron deja deslizar entonces un puñal á los piés de Agerinus y exclama: «Mi madre me envia un sicario para asesinar-me.» Los crímenes se multiplican allí con infernal fecundidad. Aquel era sin duda el lugar mas infame de la tierra. Anicetus recibe la mision de asesinar á Agrippina.

Ignoraba esta la conjuración tramada contra su existencia. Al ver entrar á su asesino comprendió el peligro que corria. «Debeis morir, Neron lo dispone,» díjole Anicetus. «No, replicó Agrippina, mi hijo no ordena esto.» Pero al ver relucir el puñal parricida, Agrippina señala al asesino el lugar de sus entrañas, diciendo: «¡Pues hiere aquí!» ¡Arranque de elocuencia maternal que la historia ha recogido como el tipo de las maldiciones!

Un escándalo mayor si cabe que aquella iniquidad acabó de deshonar á Roma. Séneca consintió á ser el panegirista de tan nefando parricidio. Neron se sintió oprimido por inmensa pesadumbre. Creyó oír el grito de indignación de la conciencia pública. Mas ¡ay! la conciencia no existia en Roma. La sucesión continua de criminales hechos habia empedernido los sentimientos. El alma romana no tenia de qué sorprenderse. Aplaudiendo Séneca, el mas rígido de los moralistas, ¿cómo no habian de aplaudir sus discípulos? Estóicos y epicúreos habian descendido al fondo del abismo. Neron se sorprendió viendo que Roma aun le adulaba.

Roma envió diputaciones á Neron advirtiéndole de las buenas disposiciones de la ciudad para recibirle. Un grandioso triunfo estaba preparado. El Senado, adhiriéndose al discurso de Séneca, habia decretado un dia de acción de gracias á los dioses; la erección de una estatua de oro á Minerva, en conmemoración de *la virtud triunfante*; declaró asimismo *nefasto* el dia del nacimiento de Agrippina.

En aquella votación una sola figura se elevó como una protesta de la conciencia del género humano. El senador Thraseas Petus abandonó precipitadamente el salón así que el cuestor

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada; si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 73 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.